

# Capítulo 10 - Luces pálidas

- [Capítulo 10 - Luces pálidas](#)

# Capítulo 10 - Luces pálidas

Caminaban durante media hora, principalmente siguiendo el camino hacia Scholomance.

Angharad prestó poca atención al sendero una vez abandonado el camino pavimentado, ocupada en silencio y furiosa por haber sido robada. Sebastian Camaron no había mentido. Cuando regresaron a su habitación en el Hostal Rainsparrow, la encontraron exactamente igual de vacía como él había dicho. Hasta la ropa que había adquirido el día anterior desapareció.

Una vez más, no le quedaba nada más que lo que llevaba puesto.

De forma inexplicable, Angharad no podía matar al responsable, aunque conocía su nombre y su rostro, y él había admitido el crimen. Esto hacía hervir su sangre. La pelea de honor servía para algo: eliminar el mal, recordar a los nacidos en nobleza que su posición no era solo un privilegio, sino que también implicaba reglas de conducta.

Solo al comenzar a saborear la sangre, pudo dejar de morderse el interior de la mejilla, aunque afortunadamente pronto le ofrecieron una distracción.

—Aquí estamos —anunció Tristan—. Nunca lo había visto desde abajo, pero no hay nada igual en la ciudad.

Cuando el Sacromontano habló de una cabaña escondida, Angharad esperaba un edificio encantador pero desgastado, escondido en un callejón entre ruinas más grandes. Pero en cambio, ella observaba... bueno, no había exactamente una palabra para esto, al menos que ella conociera. De alguna manera le recordaba la Prueba de las Ruinas, la forma en que los demonios apilaban templos uno sobre otro hasta que la pila se convertía en algo propio. Este era de una escala más humilde en su tamaño, pensó, y más... arquitectónico. No una simple pila crecida de manera desordenada.

La estructura tenía la longitud de tres manzanas y su ancho también, con alturas iguales, formando aproximadamente un cubo, pero no era una sola entidad. Alguien había apilado pequeñas residencias rectangulares una sobre otra para llenar el cubo, aunque el trabajo no era perfecto. Como con muros de ladrillos deficientes, entre las residencias quedaban espacios vacíos que formaban alcoves y pasillos improvisados. Algunas estaban llenas de escaleras, otras permanecían vacías como corredores y fosas. La estructura alcanzaba tanta altura que no podía distinguir los techos, pero desde abajo se veían de diferentes alturas.

Seguramente había muchas cosas para observar allí, pensó Angharad, pero notablemente lo que faltaba era la razón por la que habían llegado hasta ese lugar.

—La cabaña —procuró decir— debe estar realmente bien escondida.

Tristan le lanzó una mirada divertida. Tal vez su intento de diplomacia había sido un poco transparente.

—Hay algo aquí —anunció Maryam—. No podría decir qué, pero el éter que rodea este lugar es demasiado suave. Como si algo lo negara de tener ondas.

La Triglau inspeccionó el aire vacío, hasta que de repente, hizo una mueca y se frotó el puente de la nariz. Sin duda, algún truco de Navigator.

—El truco del arzobispo todavía funciona —dijo Tristan—. Es buena noticia si logramos pasar, aunque nunca he salido por abajo, pero creo que si entramos a través de esa abertura—.

Angharad siguió el gesto de su dedo, frunciendo el ceño. No había nada más que un muro de almenas, ventanas y puertas.

—¿Qué abertura? —preguntó.

—Yo tampoco la veo —admitió Maryam—.

Todas las miradas se dirigieron a Song, que fruncía el ceño.

—La veo —dijo—. Como una grieta en la fachada, de dos pisos de altura. Pero no creo que—.

La Tianxi hizo una mueca de dolor.

—Intento pensar en pasar por allí y—. comenzó, pero se detuvo por un largo latido.

Ella de repente se estremeció, luego maldijo.

"Puedo pensar en cómo encontrar un camino," dijo lentamente Song. "Y veo que la abertura está allí. Pero no consigo imaginar cómo unir ambas cosas."

Angharad estremeció. Solo los locos se atrevían a vagar en Gloam, y los aún más locos eran aquellos que jugueteaban con sus hechizos.

"Por suerte para nosotros," aseguró Maryam, "significa que estamos tratando con un Signo de Conocimiento — es decir, uno que afecta los sentidos o la percepción. El arzobispo creó una ilusión, no una maldición."

"Decírselo a mi migraña," suspiró Song.

"Tristán," replicó Maryam sin pestañear, "esto es una ilusión y no una maldición."

Angharad tosió en su puño para ocultar la mueca divertida de sus labios. El hombre de ojos grises puso una mano en su pecho, formando una herida simulada.

"Eso fue muy impropio," dijo Tristán.

"Es cierto," señaló Song. "Ya que han sido detenidos, se ha cumplido la orden de arresto."

A Angharad le hubiese gustado añadir algo — burlarse de Tristán era muy entretenido, y él siempre lo tomaba con filosofía — pero por más que intentara, no logró pensar en una respuesta ingeniosa. Una idea, algo relacionado con un servicio de los de baja cuna? No, eso era torpe. Al ver su propia torpeza, Angharad aclaró su garganta con rapidez.

"¿Alguno de ustedes tiene alguna idea de cómo debemos entrar en esa abertura velada?" preguntó.

Sus ojos se dirigieron a Maryam, quien encogió los hombros.

"Como los hermanos de Ilija en el bosque, solo que sin el monstruo devorador de hombres," dijo, tratando de explicar.

Hubo un breve silencio, como una pausa en el tiempo, mientras los tres compartían miradas. Ah, así que no era la única perdida. Reconfortante. Tristán aclaró su garganta.

"Supón que nunca he oído hablar de ese Ilija," dijo él.

Maryam frunció el ceño y los miró.

"Ilija y sus siete hermanos son enviados por una bruja a cruzar un bosque, cada noche durante siete noches," intentó explicar.

Dado el silencio, continuó con una expresión de concentración frustrada.

"Solo Ilija conoce el camino, así que van en fila, agarrados del cinturón del hermano que va delante; así no se pierden y el monstruo no puede alcanzarlos," prosiguió, cada vez más desesperada. "¿Y entonces el monstruo empieza a comer al último de la fila, fingiendo ser ellos, hasta que solo Ilija queda vivo?"

"Horrible," respondió Tristán con alegría. "Pero de una forma novedosa y refrescante, pues nunca antes había oído esa historia."

"Juro haber oído que Liorganen tiene la misma historia, solo que con los nombres cambiados," murmuró Maryam. "¿O era Izcalli?"

Ella negó con la cabeza.

"En cualquier caso," dijo, "sin el cinturón, simplemente con que todos se sujeten de la ropa en fila, debería bastar. Debemos concentrarnos en sostener el manto, no en movernos, mientras Tristán nos guía hacia el lugar correcto."

"Y una vez que estemos en esa cabaña, habremos roto la ilusión en nuestras mentes si Abrascal tiene razón," afirmó Song. "Eso parece factible, si todo sale según lo planeado."

"Incluso si el Signo sigue afectándonos después y no podemos usarlo como refugio, aún podemos dejar allí nuestras cosas para mantenerlas seguras," agregó Tristán. "No será un viaje en vano."

Era algo poco digno, pero se congregaron detrás del sacromontano como patitos, con Maryam justo detrás de él, Song tras ella y Angharad en la retaguardia.

El camino que siguió fue extraño, pero no desagradable.

La noblewoman sabía que caminaba hacia alguna parte, pero solo cuando su mente empezó a formarse en completo pensamiento, una sacudida la sacó rápidamente de su ensueño: Song tiraba de su abrigo. Incluso la tierra bajo sus pies, ya fuera pavimento, escombros o óxido, parecía perderla en su propio mundo. Angharad aprendió a enfocar su mente en sostener la parte trasera del uniforme de Song, permitiendo que sus pies se movieran sin dirección, confiando en su instinto.

Esto está lo suficientemente cerca. Estamos en los terrenos.

Angharad se permitió mirar el suelo bajo sus pies, con hierba crecida, y soltó el uniforme de Song. Una mirada atrás mostró que apenas había pasado una amplia escalinata, de piedra y óxido, que descendía hacia la oscuridad, y entonces se quedó mirando lo que veían los demás.

Tristán no había mentido, porque en medio del jardín —medio salvajemente invadido por maleza, medio tierra muerta— se alzaba una encantadora cabaña. Y una bastante grande, de estructura de piedra con dos pisos y una torre. Era más grande que las cabañas en el campo cerca de Llanw Hall y, considerando los muros de piedra y el tejado de tejas, también mucho mejor construida.

"Eso es más grande de lo que esperaba," dijo ella.

"No lo halagues," rió Maryam.

Angharad se atragantó, consciente de la implicación, pero Tristan, en cambio, los miró con una expresión desconcertada. Era un hombre de nacimiento común, así que seguramente entendería el humor picante.

"Vamos," dijo Song. "Echemos un mejor vistazo."

La puerta no estaba cerrada, lo que pareció aliviar a Tristan. El interior de la cabaña era, bueno, polvoriento. Sus botas dejaban huellas como si caminaran en hollín, y Song estornudó. Pero, aparte del paso del tiempo, la cabaña parecía bastante acogedora. La planta baja era la entrada, con una sala de estar con hermosas ventanas de cristal que miraban al jardín y, a un lado, una cocina de tamaño respetable.

Encontraron escaleras al lado de la cocina, que conducían hacia arriba, y allí aguardaban cinco habitaciones. Dos dormitorios en ruinas, una puerta cerrada con barrotes que requeriría de ingenio para abrirse, una sala de lectura con estanterías llenas de libros y un pequeño depósito. Dentro del depósito, una escalera subía, y tras subirla Tristan les indicó que conducía a una pequeña habitación para observar estrellas dentro de la torre.

“Costará esfuerzo hacerla habitable,” dijo Song, “pero el espacio está allí, al menos.”

“Voto a favor,” anunció Maryam, apoyada contra una pared.

Estiró la palabra ‘voto’ con tono burlón.

“Mi opinión debería ser clara,” dijo Tristan, espolvoreándose el polvo de los hombros.

La habitación en la torre debió estar igual de polvorienta, porque él estaba bastante sucio.

“Angharad?”

Las Pereduri apartaron la vista del desastre y aclararon la garganta.

“Es un lugar bastante decente,” dijo ella. “No tengo objeción.”

Song asintió.

“Entonces queda decidido,” afirmó la capitana. “Y ahora, a comenzar el trabajo.”

Ella miró a Tristan.

“Abrascal, revisa la cocina,” ordenó. “¿Tenemos platos, cubiertos, sartenes? Todo lo necesario para cocinar.”

Su mirada se dirigió a Maryam.

“Busca si hay una escoba en la casa o algo para limpiar. Si no, tendremos que comprar las necesidades básicas y encontrar una fuente de agua, si puedes. No puedo creer que un arzobispo haya construido una casa sin ella.”

El Triglau asintió. Angharad se puso en posición de firmes, esperando su turno. La llamaron, y respondió con prontitud.

“Angharad, averigua cuánto de los muebles está roto o podrido,” dijo Song. “Probablemente tengamos que reemplazar partes.”

Song los miró, con una ceja levantada.

“Haré una lista y buscaré la llave de nuestra habitación misteriosa,” dijo. “Vamos a ello.”

Les llevó aproximadamente media hora conseguir respuestas, con resultados variados. La cocina aún tenía todo, excepto comida, aunque una estantería se derrumbó al tocarla Tristan y deberá repararse. También necesitarían combustible para la olla, además. La mayoría de los muebles grandes estaban en buen estado, informó Angharad, y no había rastros de podredumbre o insectos en la casa. Por otro lado, las sillas estaban en proceso de colapsar, y probar con la bota una cama resultó en que se deshizo en costuras.

Maryam encontró una escoba, un trapeador y varias cubetas de cobre, aunque sólo las cubetas estaban en condiciones de usarse. Ella reveló que había un pozo de agua detrás de la casa, pero que harían falta cuerda y cubeta nuevas para que fuera útil. Song, con la evidente molestia de Tianxi, no logró encontrar la llave.

—No es tan malo como esperaba —opinó Song, añadiendo la última nota a su lista—. Principalmente, el presupuesto para los colchones será lo más costoso. Y, si organizamos bien las tareas, deberíamos conseguir la mayor parte de lo que necesitamos en un solo viaje.

Angharad aclaró su garganta.

—¿El fondo de la brigada podrá cubrir esos gastos? —preguntó.

—No lo sé —admitió Song—. Tampoco estoy muy familiarizada con los precios de la comida y los suministros en la Avenida Regnant. Necesito visitar las bóvedas de la brigada para averiguar cuánto tenemos disponible.

—Todos tenemos asuntos en la ciudad —observó Tristan—, aunque en lugares diferentes. ¿Dividimos el grupo y nos encontramos en la Posada Rainsparrow cuando terminemos?

Eso pareció bastante sensato, pensó Angharad, hasta que consideró los detalles. Tanto ella como Maryam se dirigían a la nave de bazares, por lo que quizás la cabalía debería dividirse... Abrió la boca para proponer una distribución distinta, pero fue demasiado lenta.

—De acuerdo —dijo Song—. Abrascal, conmigo. Ustedes pueden encargarse de sus asuntos.

Los ojos de Angharad se desviaron hacia Maryam, quien le devolvió la mirada con la misma falta de entusiasmo ante la perspectiva del viaje en común.

Y pensó que el día parecía mejorar.

—

A los Poetas les gustaba comparar las ciudades con seres vivos o bestias.

Eso sí, sólo las bellas: leopardos, lobos y águilas, criaturas que alguna nobleza enarbolaría orgullosa como emblemas de armas. Sacromonte solía elegir el grifo, debido a antiguas estatuas y a una popular épica de Salivares que exaltaba la ciudad “de sangre de león que se alza sobre alas de águila, doblemente noble”. Bellas bestias, los grifos. Tristan había leído una vez que eran tan territoriales que a veces se autodestruían rompiendo los huevos de su misma especie, por lo que, pese a sus esfuerzos, Salivares pudo haber descubierto alguna verdad más profunda.

Tristan no era poeta, pero había llegado a aceptar, en un sentido amplio si no en los detalles, que en una ciudad hay algo vivo, ya esté enferma o intacta, y que uno puede seguir ese pulso hasta su corazón. Aquí, en Port Allazei, encontraba que el centro vital se sitúa en un triángulo irregular de calles, cuya base es la Calle del Hostal. Pero en otro extremo del triángulo, guiaba Song, después de separarse de los demás.

Al oeste de la Calle del Hostal, más allá de un estrecho callejón, se extendía la Avenida Regnant. Ancha y pavimentada, cruzaba de suroeste a noreste. En su extremo inferior estaban los cuarteles y la fortaleza de la guarnición de Port Allazei, y a lo largo de ella se agrupaban numerosos comercios y puestos. Carniceros, panaderos, verduleros de toda clase, además de artesanos de verdad como herreros y sastres. Incluso había una tienda que sólo podía considerarse una armería, con armas de fuego de toda índole y pólvora a granel.

—Es difícil de creer que vendan armas para soldados al aire libre —comentó Tristan mientras pasaban—. Esto va en contra de la ley en Sacromonte.

Las pistolas podían ser adquiridas por cualquiera con dinero, e incluso mosquetes —si eran cazadores, armas útiles para matar aves más que hombres—, pero los mosquetes que podían usarse en la guerra no estaban disponibles en el mercado. Los Seis controlaban estrictamente su fabricación y distribución, prohibiendo su venta en la ciudad por comerciantes extranjeros. Era una de las leyes que la Guardia hacía cumplir con mano dura, y cada año, los que intentaban contrabandear, terminaban colgados por su osadía.

A veces, los Seis recibían reclamaciones de otras potencias, pero todos sabían que preferirían esas que enfrentarse a confederales armados con más que simples cuchillos de carnicero.

“La venta es legal en Tianxia, por lo general,” le explicó Song. “Lo que está restringido es poseerlas. La mayoría de las Repúblicas han decretado que no debe haber más de un mosquete por hogar.”

“Eso sigue siendo mucho más de lo que los infanzones estarían cómodos dejarnos tener,” comentó Tristan.

“Eso se debe a que son basura yiwu,” replicó la Tianxi en un tono casual, como si afirmara un hecho ampliamente conocido. “Un pueblo armado debe rendir cuentas, y la única respuesta ante una dignidad ofendida es la insurrección.”

El ladrón la observó con sorpresa.

“Pensé que eras una moderada, en lo que a estas cosas respecta,” dijo él.

Ella definitivamente no había perdido tiempo en codearse con los nobles de la Bluebell. La mujer de ojos plateados resopló.

“No soy una fanaticada de la Tierra Amarilla, que argumenta que debemos liberar todo Vesper con pólvora y espada, pero ciertamente no soy monárquica,” bufó Song, pronunciando esa palabra con un desprecio absoluto. “Jigong pasó la mayor parte de las Guerras Cathayanas bajo la bota del Someshwar imperial o siendo saqueado por ella. Hemos visto el verdadero rostro de los reyes, Tristan, y nos importa poco.”

Song encogió los hombros.

“Aún así, la mayoría de Vesper mantiene nobleza,” afirmó. “Con el tiempo, todo será libre bajo el Cielo, pero hasta entonces debemos atenernos a lo que es en lugar de lo que será.”

“Práctico,” concedió Tristan.

“Las republicas del norte deben serlo,” comentó ella. “A diferencia de los Sanxing, no podemos permitirnos compartir fronteras solo con cada uno y con el mar.”

El significado de esa expresión era; las Tres Estrellas, las tres republicas del sur de Tianxia, que además eran las más grandes y poderosas de todas. Fueron los vencedores de las Guerras Cathayanas, por mucho que alguien pudiera ser designado así, y lideraron la liberación de lo que ahora es Tianxia de Izcalli y del Someshwar. Él le lanzó una mirada rápida, percibiendo su leve expresión de rechazo ante esa mención. Sin embargo, ella no explicó más y él no preguntó.

Había sido una conversación sorprendentemente cordial y Song se había vuelto más amigable desde la cabaña—y tras demostrar que era útil—pero Tristan no tenía la más mínima ilusión de que la naturaleza de su relación hubiera cambiado.

Habiendo llegado desde el oeste y avanzado por la calle hasta el noreste, la pareja comenzó a acercarse a la intersección que conducía a la última tercera del triángulo: la Calle del Templo. No debían llegar hasta el final, ya que su destino eran las bóvedas de la brigada, en algún lugar 'dentro' del triángulo, así que preguntó a la Tianxi al respecto. Song le explicó, precisa y meticulosamente.

Si la Avenida del Régente se preocupaba por bienes prácticos, como comida y suministros, dijo ella, entonces la del Templo se centraba en lo completamente impensable. En una palabra, lujos. Cuando la presionaron, Song detalló la descripción, mencionando una casa de té con terraza en el jardín, un comerciante de sedas y terciopelo, un relojero y no menos de tres lavanderas. Y eso ni siquiera era todo, afirmó ella con seguridad.

“Había una tienda de curiosidades y antigüedades,” dijo Song, finalmente dejando la Avenida del Régente por una calle lateral. “Y más edificios hacia el sur, más allá de la calle, que no llegué a inspeccionar.”

“Eso es una cantidad excesiva de lujo,” replicó Tristan con total claridad. “Incluso considerando la presencia de príncipes de la Watch con dinero para gastar.”

Incluso suponiendo, de manera generosa, que una décima parte de los más de cuatrocientos estudiantes y cambio que asistían a la Scholomance tuviera la riqueza y la imprudencia suficiente para comprar sedas y relojes para sus aposentos en la isla, eso solo representaría a unos cuarenta individuos. Existían muchas tiendas dirigidas a los ricos, mucho más de lo que la riqueza real podría justificar. La guarnición también podría permitírselo, ajustó su pensamiento por un momento. Pero solo los oficiales podrían pagarlo, y no debe haber tantos.

“Quizá no sea tan excesivo como piensas,” dijo el Tianxi. “Por un lado, espero que el relojero tenga mucho trabajo con los estudiantes de Umuthi. Es posible que algunas de estas tiendas tengan usos similares.”

Tristán gimió, considerándolo. Si las clases de pacto asignaban tareas que requirieran explorar las tiendas de lujo, la situación podría ser sostenida, aunque apenas. Tal vez. Debería conseguir los registros para estar seguro, y sospechaba que los finos comerciantes no se los entregarían fácilmente si se los solicitara.

“Parece escaso de presencia,” dijo finalmente.

Manteniendo una mirada atenta a Song, se preguntaba si la podrían ofender. Sin embargo, ella suspiró y asintió.

“Supongo que es una inversión por parte de los dueños,” dijo ella. “El próximo año llegarán más estudiantes a Scholomance. Quizá ahora sean pocos para obtener ganancias reales, pero...”

Tristán continuó su pensamiento desde donde ella se detuvo.

“En unos pocos años, tendrán los números y estarán establecidos con estudiantes de tal forma que la competencia tardía se les resistiría difícil de superar,” reflexionó. “Tiene sentido. Por eso Port Allazei parece vacío, pues es como si las botas aún no llenaran ese espacio, por decirlo de alguna manera.”

“Solo es una suposición,” dijo Song. “Desafortunadamente, poco sabemos de este lugar.”

Y más que él, pensó Tristán, mientras ella guiaba sus pasos en la dirección opuesta, tomando una esquina a la derecha. Ella los había conducido sin perderse, aunque no conocía las calles, pero claramente había encontrado puntos de referencia para orientarse. Le pareció una estrategia inteligente y no pudo más que alegrarse de que uno de su grupo hubiera aprovechado la oportunidad para familiarizarse con el terreno.

“Deberías marcar bien este barrio,” dijo el Tianxi, señalando a su alrededor. “Ahora está vacío, pero ayer por la noche muchas casas estaban llenas.”

Tristán ladeó la cabeza, con la vista deslizándose por las calles serpenteantes de casas de piedra con tejas rojas desvaídas en los techos. Notó que aquí había muy pocas ruinas o edificios colapsados, y muchas viviendas aún tenían persianas de madera o cortinas. Era una señal de que aún estaban habitadas.

“Los comerciantes viven aquí,” dijo él. “Y también algunos oficiales del destacamento, apuesto.”

“Y sus familias, para ambos lados,” añadió Song. “No he visto niños pequeños, pero algunos mayores estaban jugando en la calle.”

“Vivir con lujo, tener tanto una tienda como una casa,” comentó Tristán. “Pero dudo que sean los dueños de ambas cosas.”

“No sé si la Guardia cobra alquiler, en realidad,” le dijo Song. “De todas formas, la noche pasada vi a más de un estudiante mirando casas vacías. Creo que muchas brigadas se mudarán en la próxima semana, a medida que los hostales comiencen a cobrar dinero.”

La charla se fue apagando a medida que giraban otra esquina y divisaron lo que solo podía ser las bóvedas de la brigada. Divirtió algo que los Cloaks Negros hubieran usurpado un antiguo templo como su tesorería: la alta edificación de piedra amarillenta aún conservaba nichos a los lados, donde descansaban pedestales desgastados para estatuas. Un par de vigilantes custodiaban la entrada y los observaban detenidamente, exigiéndoles que mostraran su placa de la brigada antes de permitirles acceder.

Tras cumplir, uno de los guardias golpeó la gran puerta de madera con la empuñadura de su espada, tres veces, y tras un instante Tristan escuchó el levantamiento de un cerrojo metálico. Sin más ceremonias, ambos fueron guiados hacia el interior del edificio.

En apenas un instante después de poner un pie, sus pasos se detuvieron tropezando, igual que los de Song.

Cada pared y cada techo del antiguo vestíbulo del templo estaban cubiertos con relieves de calaveras humanas. No se salvó ni un solo rincón, ni una grieta o recoveco. El hombre de capa negra, que les había hecho un gesto para que entraran, soltó una risita alegre, mostrando una sonrisa burlona ante sus caras.

—Nunca me cansaré de eso —dijo ella—. Vamos, niños. La moneda está adentro.

Song obedeció, con el rostro ya enmascarado en una expresión de calma, y Tristan la siguió. A excepción del mismo desagradable gusto por los relieves, la habitación más allá del vestíbulo no era nada especial. Se había llenado con cuatro escritorios, cada uno atendido por un empleado de capa negra, y habían colocado sillas para que se sentaran. Song le preguntó a un empleado Someshwari, con aire aburrido, sobre los fondos de la Decimotercera, mientras él se sentaba a su lado, aprendiendo que la bóveda contenía actualmente veinticinco ramas de oro y que la misma suma se añadiría el primer día del mes siguiente, siempre que permanecieran los cuatro miembros.

Tristan miró al empleado de piel morena, atónito. ¿Veinticinco ramas de oro al mes? Para los cuatro, se recordó a sí mismo el ladrón. Era una suma considerable, pero no tan grande como sería para un solo hombre.

—Retiraré cinco ramas —dijo Song—. Tres en especie, una en arboles de plata y las dos terceras en cobre.

Song tuvo que mostrar su placa nuevamente y firmar para la retirada, pero no hubo otras formalidades que cumplir. Un vigilante salió por la parte trasera, y después de esperar un poco, les entregaron un saco grueso con monedas. Tristan frunció el ceño. Los bóvedas de la brigada serían difíciles de robar, considerando que parecía haber solo una entrada y salida del viejo templo, y un estrecho pasaje que daba acceso a la parte trasera del edificio donde guardaban los fondos; sin embargo, engañar a los empleados no parecía demasiado complicado.

Solo hacía falta una placa de esa brigada, un nombre—el empleado había revisado en una lista el de Song después de que ella lo diera—y algo de cuidado. Mordiéndose la lengua, esperó hasta que estuvieron fuera del templo y alejados para hablar.

—Recomendaría que retiremos nuestro dinero cuanto antes —dijo claramente—. Es demasiado fácil que alguien intente robarlo.

Song frunció el ceño.

—Exageras —dijo.

Lo consideró una invitación para contradicirla, pues así fue.

—No lo hago —replicó Tristan—. Con unos diez cobre en cosméticos, un cambio de ropa y tu rostro, hoy podría vaciar una de esas bóvedas.

Esperaba que sus palabras fueran ignoradas o que se produjera una discusión, pero en lugar de eso, Song Ren se detuvo para mirarlo directamente, enfrentándolo con aquella mirada plateada que resultaba inquietante. Él levantó una ceja.

—¿De quién?

—¿Perdón? —preguntó.

—¿De quién es la bóveda, Abrascal? —preguntó Song.

Espera, ¿realmente...

—De la Cuarenta y Nueve —dijo él—.

Sus ojos plateados se estrecharon.

—Sigue hablando —ordenó Song Ren, y el ladrón sonrió.

—

Angharad encontraba que el almacén Farrago era una extraña mezcla entre lo admirablemente organizado y lo lamentablemente caótico.

El edificio, aunque en medio de viejos y elegantes muros de piedra, era en su mayor parte de madera y de reciente construcción. En apariencia, era lo que la imaginación evocaría con la palabra “depósito portuario”: un rectángulo amplio lleno de cajas y barriles formando caminos anchos para caminar entre ellos. Sin embargo, no parecía haber ningún orden en los bienes, más allá de esa superficial línea de fondo.

Justo al pasar la puerta, una mujer de mediana edad, con rostro agitado, se encontraba sentada frente a un escritorio, frunciendo el ceño mientras revisaba un libro mayor, cruzando páginas con líneas de modo desordenado. Tras ella, un vigilante de piel morena descansaba sobre una caja, soplando en una taza humeante de té.

“Si no tienes un recibo de papel, vete,” dijo la mujer, sin apartar la vista del libro mayor. “Esto no es una tienda, es—”

Angharad aclaró su garganta y se acercó, con Maryam a su escolta. La Triglau no era su compañía favorita, pero ella también tenía asuntos en ese lugar. Las misiones de Song eran apropiadas, aunque no especialmente placenteras. Aun así, quince minutos caminando en silencio eran mejor que gastar el mismo tiempo en quejas, por lo que la Pereduri sintió que no era de buena fe quejarse demasiado.

“Traigo una carta,” dijo Angharad, mostrando las palabras de su tío.

La mujer despeinada—que llevaba una insignia de sargento en el cuello—levantó la vista de su trabajo. Su mirada pasó por encima de la noble, llegando a detenerse en Maryam, y allí sus ojos se abrieron de sorpresa. Antes de volverse a cerrar en irritación.

“¿Otra vez tú?” expresó con desdén. “Te dije la última vez, chica, no me importa si tienes un nombre y una placa; no te dejaré—”

Angharad frunció el ceño hacia su compañera. ¿Qué motivos tendría Maryam para estar allí? La Triglau cortó las palabras de la vigilante al mostrar el papel de Tristan.

“Está bien,” suspiró la mujer. “Tú, Malani, entrégame esa carta.”

La Pereduri la miró con desdén, pero la sargenta simplemente resopló y arrebató el papel de sus manos. Lo acercó a su linterna, examinando las líneas, luego gruñó.

“Reconozco esas cartas,” dijo. “La larga caja y el ataúd. Primera guardia de la sargenta Chen.”

La vigilante sopló sobre las páginas en las que había tachado palabras, secando la tinta, y luego empezó a hojear el libro mayor. Tras un momento, dejó escapar un pequeño suspiro de satisfacción.

“Trescientos tres,” anunció la sargenta.

Luego observó a Maryam.

“Supongo que no estabas mintiendo después de todo,” dijo. “Aun así, las reglas son las reglas.”

La pálida facción de la Triglau no reveló ni una pizca de sus pensamientos al acercarse.

“Así es,” afirmó Maryam. “Aquí la mía.”

Ella extendió el papel, que fue revisado rápidamente.

“Unocientos doce,” mencionó la sargenta. “¿Oyes esas cifras, Bibi?”

“Que no me llamen así,” respondió con suavidad el hombre de piel morena, dejando la taza. “Tres cero tres y ciento doce, te escuché.”

Se levantó, estiró sus extremidades y suspiró.

“Vamos, muchachos,” dijo el vigilante. “No perdamos tiempo; no sería buena idea que mi té se enfriara.”

Angharad estuvo a punto de rodar los ojos. Tal nivel de profesionalismo. Sin embargo, Maryam permaneció junto al escritorio.

“No creo,” dijo ella, “que recuerdes a qué hora pasé por aquí.”

La sargenta la miró con extrañeza.

“Justo antes de las cinco,” respondió. “¿Se te está olvidando, muchacha?”

“Solo tengo curiosidad,” sonrió Maryam.

‘Bibi’ hizo un ruido impaciente y la Triglau retrocedió. Ambas lo siguieron adentrándose en las profundidades del almacén mal iluminado. Angharad aclaró su garganta.

“¿Has estado aquí antes?” preguntó.

El rostro de Maryam se contrajo ligeramente. Era como si lo que sospechaba Angharad hubiera sido confirmado: la Triglau, por simple rencor, había intentado arruinar el regalo del tío Osian. ¿Robarlo? ¿Destruirlo? Quién sabe. Una ira aguda floreció en su interior. Para alguien que debía formar parte del mismo cártel, era un comportamiento inaceptable.

“Pasé la noche en una sede de capítulo Klyare, con un único ingreso y salida,” dijo Maryam en voz baja. “Y la dejé alrededor de las cinco y media, cuando la sargenta Mandisa vino a buscarme.”

Los pasos de Angharad vacilaban, igual que su justa ira.

“¿El sargento mintió?” susurró.

“No lo sé,” respondió el Triglau, claramente frustrado.

Debía estar realmente ansiosa para mostrar tan abiertamente sus emociones. Maryam rara vez se dignaba a expresar más que desagrado cuando Angharad estaba cerca. Sin embargo, parecía que ella había sido demasiado rápida en su acusación. Aunque nunca lo pronunciaba en voz alta, los pensamientos le avergonzaban. La noblewoman también era reacia a ofrecer una disculpa.

¿De qué serviría?

La capa negra los condujo primero hacia la de Maryam. Pronto se encontraban ante un gran cajón abierto lleno de paja, dividido en compartimentos más pequeños. En cada uno estaban tallados

números y el guardia deslizó un dedo hasta encontrar el ciento doce. Hurgando en la paja, extrajo una capa negra pesada con una capucha ligeramente bordada.

"Es toda tuya," dijo, entregándosela a Maryam.

La Triglau se la puso sin decir palabra. A ojos críticos de Angharad, la capa parecía demasiado ancha en los hombros y ligeramente gastada en el dobladillo, pero Maryam había sugerido que era una adquisición económica. Después de un momento, la idea le vino a la mente de que quizás era la capucha —había visto muy pocas en las capas aquí— la que interesaba a la mujer de piel pálida. Las calles estaban en su mayoría vacías a esa hora, pero Maryam todavía había recibido miradas en su camino hacia el almacén.

Angharad no había visto otra Triglau en Tolomontera y dudaba que volviera a ver alguna.

"Ahora, lo demás," silbó el vigilante, poniendo más energía en su paso.

El regalo de su tío era más adentro, pero una linterna colgaba cerca, así que podían ver lo suficiente. Su guía se detuvo junto a un hueco entre dos grandes cajas, se inclinó y sacó un ataúd de madera sencilla que colocó a un lado. Con un gruñido, sacó entonces una caja de madera larga, de unos cinco pies de largo y menos de un pie de ancho, y apenas un pie de alto. El vigilante la levantó para ellos, y abrió la tapa con un trozo de metal. Aún permanecía sobre su contenido, impidiendo ver qué había en su interior, pero revelando nada para la mirada ansiosa de Angharad.

"Aquí tienes tus bienes," anunció. "El ataúd que aparté también. Seréis inspeccionados al salir, así que no os pongáis agresivos."

Mordiéndose los dientes por la acusación implícita de robo, Angharad fulminó con la mirada la espalda del hombre que se retiraba. Esperaba que su té estuviera tibio. Maryam carraspeó, mirando la caja, y la Pereduri se arrodilló con un suspiro. Quitando la tapa, levantó una ceja al ver su contenido.

Morteros y en un lecho de paja, cuatro de ellos, excesivamente largos. En una esquina de la caja, una bolsa de seda roja. Angharad se acercó a ella primero, sintiendo su peso y el tintineo. ¿Monedas? Aflojó las cuerdas, mirando por dentro, y detectó el brillo dorado de monedas de Sacromonte —ramas. Al menos veinte piezas, quizás más.

Bien, eso le permitiría pagar a Tristan para fin de hora. La deuda llevaba peso en su ánimo.

"Regalos útiles," dijo Maryam con tono aprobador. "¿Puedo?"

Angharad la miró y le encontró de rodillas junto a los mosquetes, a punto de tomar uno. Ella asintió con un gesto. La Triglau lo tomó, examinándolo con curiosidad. Solo cuando miró dentro del cañón soltó un sonido de sorpresa.

"¿Está defectuoso?" preguntó Angharad.

No parecía propio de su tío enviar un regalo roto, pero quizás se había dejado engañar por algún comerciante. Lo que más la desconcertaba era que le hubieran enviado mosquetes en absoluto, dado que ella no era tiradora entrenada.

"Hay ranuras en el interior del cañón," dijo Maryam. "Esos son fusiles, no mosquetes."

"No conozco la diferencia," admitió la noblewoman.

"Disparan más lejos que los mosquetes y con mayor precisión, creo," afirmó el Triglau. "Aunque he oído que también son instrumentos delicados, y lentos para cargar."

Luego volteó el fusil, mostrando a Angharad el costado de la empuñadura de madera.

"Eso es una palabra en Umoya, ¿no?"

La Pereduri ladeó la cabeza, leyendo discretamente el isibankwa tallado allí. Asintió, pues efectivamente era así.

"Significa lagarto," dijo.

"Lagarto," repitió Maryam con escepticismo.

Los labios de Angharad se curvaron ligeramente. Parecía que ella también tenía una historia que contar. Y si la suya resultaba mejor contada que la del Triglau, ella se sentiría satisfecha con eso.

"Proviene de un antiguo cuento Malani, casi tan viejo como la llegada de Morn," explicó. "Cuando el Dios Durmiente aún era el Dios Despierto y estaba creando el mundo, diseñó a la humanidad. Primero decidió que serían como montañas y ríos, inmortales, y envió a la criatura más rápida para contarles la noticia. Pero el ave, arrogante, se detuvo junto a un río para devorar bayas, confiando en que aún así llegaría a tiempo."

¿Cuánto tiempo hacía desde que su padre le había contado aquella historia? No podía recordar los años, solo que ella era joven entonces. Era uno de los pocos relatos malani que a él le había gustado. Quizá, sin que ello fuera mera casualidad, la mayoría de los sacerdotes Redentores consideraban ese cuento cercano a la herejía.

"El Dios Despierto se enojó por esta pereza," continuó Angharad, "y envió a un lagarto para decirle a la humanidad que, en lugar de ser como montañas y ríos, serían como árboles y animales, mortales. Solo el ave vio al lagarto, y en prisa emprendió el vuelo."

Siseó, pues su padre había hecho sonidos y gestos para imitar la acción, pero ella no vio necesidad de reproducir esa escena para Maryam Khaimov. Que, cabe aclarar, escuchaba con aparente interés. Era más de lo que Angharad había esperado.

"El ave era tan rápida que todavía habría llegado primero, así que el Dios convirtió sus plumas en plata y su peso la hizo caer al río. El lagarto llegó primero, anunciando la muerte, y avergonzado, el ave juró no salir nunca del agua, transformándose en el primer pez."

Angharad silbó contenta, satisfecha de haber recordado todo sin error.

"Por eso somos mortales," concluyó, "y por eso los peces mueren cuando dejan el agua."

"Entonces, los fusiles," dijo Maryam lentamente, "llevan el nombre del ágil portador de la muerte."

Asintió. La Triglau parecía profundamente consternada.

"Eso es," admitió con gran reticencia, "bastante sugerente."

Angharad no se permitió mostrarse demasiado satisfecha, aunque ladeó los labios en una mueca de orgullo. Pero ya no más. No era que su tío hubiera puesto nombre a los fusiles; quizás, de hecho, había mencionado el cuento a quien fuese que los había nombrado. Como ninguno de los dos pretendía sacar la caja, retiraron los rifles y ella guardó con cuidado el generoso regalo de su tío, una moneda. Solo después de cerrar la tapa de la caja recordó la delicada urna de madera, que recuperó y colocó en la parte superior de la tapa.

Había una cerradura, así que Angharad se arrodilló de nuevo para abrirla. La puerta se abrió con un chasquido fuerte, revelando un lienzo rojo envuelto alrededor de un objeto largo y delgado. Desató el nudo y la tela, con el corazón latiendo con fuerza en la garganta, y solo se detuvo cuando la hoja de la espada completa quedó al descubierto.

Era, pensó Angharad en silencio, una pieza hermosa.

Práctica en su uso del cuero y el acero, diseñada para la utilidad y no solo para ceremonias, pero la punta metálica—la chapé—estaba esculpida en forma de un par de arpas. En cuanto al relicario, estaba hecho con los anillos tradicionales de acero, pero sobre ellos, la serpiente de dos colas de la Casa Tredegar estaba estampada en plata elegante.

Con dedos temblorosos, deslizó la espada hasta la mitad. El acero brillaba bajo la luz del farol, la hoja intacta salvo por una marca discreta del fabricante cerca de la guarda, que parecía una espiga de trigo. La guarda era de acero, pero con puntas plateadas que sugerían una lengua bifurcada, y el mango, envuelto en cuero fino, terminaba en un pomo redondeado y angular. Trabajo magnífico.

Sus ojos ardían.

Tras aclararse la garganta, volvió a introducir la espada en la funda. Debería haberle causado alegría, ese regalo. Su tío seguramente había gastado una fortuna en ello, y además era un gesto lleno de cariño. Solo que, al contemplar la obra elegante ante ella, Solo podía pensar en la espada que había dejado atrás en el Dominio, en el fondo de un oscuro acantilado. Un regalo de su padre, intercambiado por vidas y honor.

No era justo compararlos, un desdén para el tío Osian, pero... Angharad tragó saliva, con la boca seca. Y aun así... La cota de malla anterior, tenía anillos en la orla en lugar del relicario. ¿Cuatro? Angharad respiró con fuerza. No, cinco. No podía recordarlo con certeza.

Una especie de pánico la aprehendió, agarrándola por la garganta. No podía recordar.

“Es un regalo invaluable,” dijo Maryam, apoyada contra una pila de cajas. “Tu tío es un buen pariente.”

Angharad cerró los ojos, esforzándose por calmar la respiración. No quería avergonzarse llorando sin motivo. Necesitaba levantarse, moverse—Maryam no lo había mencionado, pero en la voz de la Triglau había una expectación de que era hora de partir. Tomar los regalos y marcharse.

Solo que sus miembros estaban pesados, como plomo. Sus dedos temblaban sobre la vaina, la plata áspera al tacto. Ella se lamió los labios.

“¿Tienes familia, Maryam?” preguntó.

Su voz surgió áspera. Siguió un silencio prolongado. Angharad no se atrevía del todo a mirar a la otra mujer. Respira, se dijo, con los ojos todavía cerrados. Por dentro, solo su corazón era un caballo desbocado, con los ojos en blanco.

“Mi tía puede que aún viva,” dijo Maryam finalmente. “No estoy segura.”

Eso le ayudó, escuchar a otra persona hablar. Pensar en otra cosa, en cualquier cosa. La voz de la Triglau era inexpresiva.

“Pero no a tus padres,” dijo Angharad.

“No,” susurró Maryam Khaimov, “no a mis padres.”

Escuchó a Maryam levantarse suavemente de las cajas, dar un paso adelante. Era cobardía, pero Angharad no abrió los ojos, aunque sintió que la otra mujer la observaba. Ya se sentía avergonzada de más. Solo que, en lugar de la estocada emocional a la que se preparaba, escuchó a Maryam arrodillarse junto a ella. No tan cerca como para sentir su calor, pero lo suficiente para alcanzarla si extendía la mano.

Inhaló y exhaló, ordenándose a sí misma. Respiración tras respiración, hasta que calmara su corazón. Aunque sus extremidades seguían temblando. La pereduriana sentía gotear sudor por su espalda, como si hubiera estado luchando por su vida. Habló, solo para tener algo más que el sordo y pánico traqueteo en su cabeza.

“¿Fue cosa nuestra?” preguntó, con la voz ronca. “Malan, quiero decir.”

¿Es por eso que nos odias con tanta intensidad? Maryam no contestó de inmediato, y Angharad casi se estremeció. Tonta ella, por preguntar sobre algo así como una—

“Mi padre,” dijo Maryam, “murió de gota. Le falló el corazón.”

Angharad ocultó su sorpresa. La gota era conocida como la enfermedad de los ricos, y con toda razón. ¿Sería Maryam de una familia acaudalada?

“Es mi madre, la Malani, la que sufrió eso,” añadió ella. “Pero no solo eso, Angharad Tredegar, estaban decididos a acabar con ella.”

La pausa allí pareció como una hoja que sale de la vaina.

“La despojaron, la golpearon y la empalaron en una estaca de madera.”

Angharad tragó saliva.

“Me han dicho,” susurró Maryam, “que le tomó horas morir.”

¿Sería ello cierto, un Dios dormido? ¿Empalamiento? Era un castigo raro en estos días, reservado solo para los peores rebeldes y traidores. La práctica era un vestigio de los días oscuros antes de la Paz de los Nueve Juramentos, cuando mil reyes gobernaban la tierra con leyes rojas y manos aún más rojas.

“Yo-” empezó Angharad, luego se detuvo.

¿Perdón? Ella lo era, pues el empalamiento era una forma cruel de morir. Lo suficientemente cruel como para que la madre de Maryam debiera haber hecho algo para ganárselo, pero ¿podría realmente merecerse tal cosa?

Y aunque Angharad pudiera decir que lo sentía, también sabía que la palabra no significaría nada para Maryam saliendo de su boca. No más que un induna lamentando el fin de la Casa Tredegar, no tendría peso alguno cuando esa fuera la única recompensa concedida.

Si la disculpa de los labios no llegaba a la mano, solo tendría el valor de un suspiro.

“No sé qué decir,” admitió finalmente.

No podía verlo, pero lo sentía: Maryam apretando los dientes como un puño, algo en ella tensándose hasta que crujía.

“Quizá esa sea la frase más sabia que me hayas dicho,” respondió ella con tono cortante. “¿Qué tiene ese sable que te araña las heridas, Tredegar, que has sentido la necesidad de hurgar en las mías?”

No quería responder, no realmente. Pero la excusa se debía, ya sea por honor o por derecho. Angharad abrió los ojos, con la respiración casi estable, y encontró el sable de su tío aguardando.

“Tenía un sable en el Dominion,” dijo ella. “Un regalo de mi padre.”

Un sonido de reconocimiento.

“Song me contó que lo perdiste luchando contra los cultistas,” dijo Maryam.

Yo lo perdí resistiendo al Fisher, pensó Angharad. Y esa pérdida no fue impuesta, fue una elección. Entonces, ¿por qué ahora me deshago al mirar los brazos que lo reemplazarían? Los Pereduri la miraron, respirando lentamente. Con calma.

“No se trata solo del sable,” susurró Angharad. “Solo—solo que a veces pienso que la parte más cruel de una muerte es lo que sigue después de ella.”

Su estómago se comprimió. Han pasado meses desde la última vez que soñó con gritos en el viento, pero en estos momentos casi huele el humo.

“Verlo suceder, ese dolor, es...” se quedó callada, se lamió los labios. “Como poner una mano al fuego, Maryam. Duele, y permanece, pero es un dolor honesto.”

Sintió la pesada mirada de Triglau sobre ella, pero no la enfrentó.

“Lo que viene después se cuela por cada grieta,” confesó Angharad. “Una canción que a mi madre le encantaba, encontrada en los labios de un marinero. Hablando de una cortesía que mi padre me enseñó. Escuchando a los niños reír y pensando en...”

Ella tragó saliva.

“Mis primos, Maryam, eran solo unos niños.”

Angharad soltó una carcajada cansada.

“No hay vigilia que pueda impedirte recordar eso, los recuerdos que el mundo te arroja. Espinas en la carne. Y aun así, los aferraría con fuerza, los clavaría más hondo, porque de lo contrario...”

Soltó un suspiro entrecortado.

“Mi vaina de sable, yo—,” balbuceó. “No recuerdo cuántos aros tenía en la encordadura. Cuatro, creo, pero quizás eran cinco. Y es una tontería que me derroten eso, pero no puedo recordarlo.”

Su dedo se apretó hasta que sus uñas hincaron en las palmas.

“No presté suficiente atención a ese detalle cuando mi padre me lo entregó por primera vez,” susurró. “Me alegraba por el regalo, por la hoja y la ocasión, pero no era un tesoro para mí.”

Entonces, no sabía nada, ni siquiera nada.

“Solo cuando puse pie en la Bluebell,” continuó Angharad, “fue lo último que tuve de él. En ese momento importaba; debería haber importado siempre, pero en medio de la abundancia nunca pensé en la escasez. Y ahora aquí estoy, preguntándome cuántos aros llevaba esa vaina.”

Qué miserable, que ella estuviera allí, arrodillada junto a una desconocida que la despreciaba, y que las palabras simplemente no cesaran de salir de su boca.

“Simplemente no lo recuerdo, Maryam,” dijo. “Soy un árbol que pierde sus hojas, una por una. Pequeñas cosas, ahora, pero no durarán mucho. ¿Cuánto tiempo pasará antes de olvidar cómo era el rostro de mi madre, cómo sonaba la voz de mi padre?”

Maryam Khaimov no respondió, ni siquiera movió un dedo. Quizá por eso Angharad lo dijo todo: estaba confesándole a una estatua, no a una mujer. El silencio de Maryam fue tan ensordecedor como en un templo dedicado al Sueño del Dios. Una mano pálida se alzó frente a ambas, y la otra mujer, en silencio, trazó un símbolo en el aire, tenue. Un círculo, y algo más intrincado en su interior. Hubo el más leve suspiro en el ambiente.

Un momento de silencio se aplicó.

“Cinco aros,” dijo Maryam. “Tu vaina tenía cinco aros en ella.”

Y aunque no hubo explicación alguna, Angharad le creyó.

“Mi pueblo no se llama Triglau,” dijo Maryam. “Todos los nacidos bajo la Puerta Rota son Izvoric, así que yo soy Izvorica.”

La mujer de piel pálida se levantó. Abrió la boca y Angharad sintió la duda, de repente, apoderándose de ella.

“No ayuda,” afirmó Maryam de manera brusca. “Recordarlo. Es como cargar con sus ataúdes a cuestas.”

“Algunos pesos valen la pena soportar,” dijo Angharad.

“Yo pensaba igual antes,” replicó Maryam.

No hablaron más hasta que encontraron a los demás.